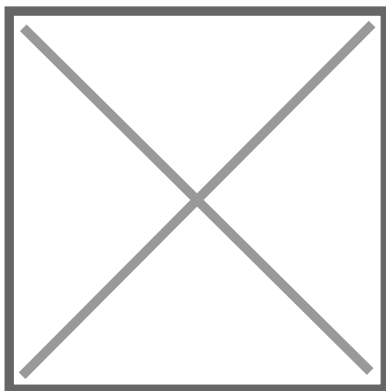




Anticipo



Trece Años Antes.
Constanza, Torres

El cura Torres entró en la habitación de la niña Constanza, sin haber siquiera golpeado a la puerta. Iba pensando en los buhíos ruidos de ciertos cuartos de trigo que sus arrendatarios campesinos habían terminado de trillar la semana anterior. Tres de ellos tenían suficientes animales para pagar la renta y devolver los adelantos que habían recibido a cuenta de la cosecha. Los otros dos, ya se veía... Iba distraído, haciendo listas mentales de las precesiones accesorias para asegurar los pagos. Venía un poco a después, y preparado para escuchar una confesión infantil y quizá triste. Nada distinto podía venir de una niña huérfana, dulce y obediente. Compose un gesto severo y la reprendió por no haberse acercado a su confesor en varias semanas. No era bueno que una señorita estuviera tanto tiempo sin recibir el sacramento esencial para la salud del alma. Si no recordaba mal, ella no se había reconciliado con el Señor desde el día en que entraron a su madre.

Cuando abandonó la habitación, se le habían olvidado completamente las deudas de los campesinos. Revisó seriamente con la mirada el largo corredor en que se hallaba y los seis puertos que tenía a cada lado. Todo venturosamente desierto. A paso muy rápido, salió del corredor, cruzó por el medio del patio de entrada y llegó hasta el sagrado, donde alcanzó a vislumbrar, con el tubo del ojo, la gigantesca figura del negro portero, inmóvil, que lo miraba pasar sin atreverse a dirigirse la palabra. Reclinó al llegar a la esquina, la vista de una familia que salía de la iglesia de La Cruzpunta luego sacudió de sí mismo. Se vio reflejado en los ojos de los demás. Reconoció empobrecimiento, su actitud, levantó la cabeza, echó hacia atrás los hombros y entró en las habitaciones para encontrar y dirigirse a la señora marquesa. Doblando la esquina, mostraba ya su señorío de siempre.

Pero tenía los afectos profundamente desentramados. Había leído de la marquesa, con poco decoro. No quería hablar con ella, y sabía perfectamente que era por confusión mental. Le había fallado y no quería enfrentarla antes de recuperar su ánimo de siempre, tranquilo, adorado a su dignidad de sacerdote, administrador y guía espiritual. Por el momento, no conseguía siquiera controlar su pensamiento, que había tomado una desproporcionada autonomía y no cesaba de repetirle antiguas frases de ella: "Unid, Torres, ve las intenciones más ocultas de todos los seres", "[Escribir al padre Torres] Sólo a un tonto se le ocurre", "No hay quien deiga conciencia con los dijes". Era en el primer problema. Un escabullo de vergüenza le hacía encoger los hombros cuando pensaba en su figura de director espiritual después de la confesión de Constanza. No había sido capaz de ver los riesgos en que vivía la juventud. No hubiera sostenido a Constanza con la frecuencia necesaria, no tenía disciplina inagotable.

El problema de cómo hacerle saber a la marquesa lo que estaba pasando, había encontrado solución antes de salir de la habitación de Constanza. La solución era totalmente absurda, pero también muy sabia. No quería ser el quien le soltara la asombrosa noticia a la señora. Tampoco podía, aunque hubiera querido. El secreto de la confesión lo obligaba. Y se alegraba mucho de tener sellada la boca. La fama circulaba fácilmente el comino de la marquesa. No le duraba mucho, alarmadamente para ella y para los demás, porque los ataques eran peligrosos. Cuando se le pusieron, necesitaba litros de infusiones de melisa para asegurar las palpitaciones, los dolores de cabeza y las angustias y venganzas que le dejaba el furor. Y cada vez le costaba al cura Torres muy contrito haber dicho mentiras y haber tenido deseos fríos de dudar atrocemente a quien se le pusiera por delante. Todos tenían que algo se le revelara por dentro a la anciana cuando le venían los furios. Y ahora iba sin duda a desmentarse muchísimo. Era muy vieja, era muy virgen y no le gustaba ni

Desde este lunes circulará en librerías «La ley del gallinero», novela de Jorge Guzmán publicada en la colección «Biblioteca Transversal» de Editorial Sudamericana y cuyo protagonista es Diego Portales.



siquiera recordar que la gente decanta llevaba un cuerpo desnudo bajo las ropas. Muchos menos las mujeres de su familia. Los pobres sí que lo tenían, y en exceso, asquerosamente.

Pero todo lo cual, lo alegraba no tener que decirle a doña Antonia Josefa de Ariza y Marín de Pineda Agonizado y Perilla, Marquesa de Robla Hermosa, que su sobrina biénista tenía entre las piernas la misma que tenían las demás mujeres y serviría para lo mismo. Por su desamor de eso, se había visto a la vieja andar sirviendo, insular fascinaciones, volar bandejas, bregar de tabla. Terminado el inevitable ataque de ahora, si sobreviviera, no costaría nada hacerla entrar en razón. No era tanta la marquesa, y había visto todo lo visible en sus muchos años. Entendería que el caso de su sobrina adorada no era de esos de rasgar vestiduras y agitar el cielo con las manos. Era facilísimo comentarle en boca, celebración y respeto. Ella sabía como todo el mundo que en la Capital y en el Puerto y en la Frontera, a cada rato pasaba lo mismo. Y no costaría nada hacerle ver la inocencia de Constanza como la principal razón de su perpleja.

Pero la primera fama era inevitable, iba a ser histórica y podía matar a la anciana. Fuertes razones para estar lo más atento posible cuando entrara. El pecado era de Constanza. Por lo tanto, que afirmara solita los efectos purgativos desde el principio. Que fuera cura al favor de la tía y corriera el riesgo de ocasionarle el suplicio final. Le mandó, pues, que dentro de las veinticuatro horas le dijera a la marquesa su secreto, y le llegó la absolución hasta que lo hiciera.

Entonces, el viajero a la Hacienda Las Palmas, a ver cómo iban los problemas de los campesinos arrendatarios. A su regreso, habría anunciado la culpa de la marquesa, el habría recibido su asombro sacudido de siempre, y ella sería otra vez la hija espiritual amosa de someterse a la potestad de su confesor, ahorrada de amargamiento por los barbaquachos que le había dicho y le había hecho a la pobre muchacha. Humildemente se dejaría entonces narrar los dos casos que le tenía preparados. Casos de purgación de la marquesa, los dos. Ambos habían empezado por hacer llorar a gritos a la madre de la prieta. Y, sin embargo, los correspondientes bodas aún

se comentaban en la Capital por alegres, santas y distinguidas. El caso de Constanza no era grave. No había impedimento alguno para que el matrimonio cumpliera su promesa matrimonial. No tenía gran fortuna, cierto, pero todos lo consideraban un buen negocio. Y sobre su incipiente fama de libertinos, mejor no hablar. No convenía dar oídos a maleantes. ¿No vendría de la envidia tanta hablar sobre el caso, justo ahora, cuando tanta gente alababa su talento, su ingenio, su capacidad de trabajo, ahora que empezaba a hacerse admitir en la Capital y también en Puerto Paraiso?

Apenas llegado a su casa, el cura Torres mandó preparar su báculo y acompañado de uno de sus inquilinos como prestidigitador y de los perros de ambos, abandonó la ciudad con destino a la hacienda.

A pesar de los buhíos ruidos del báculo y del decoro de su pensamiento, se quedó pensando cuando recién había salido de la ciudad, y al disponer, hasta le pareció haber soñado repetidamente algo agradable y confuso que no logró recuperar al abrir los ojos y ver que habían pasado ya el Puente de la Laguna y comenzaban a marchar por el camino arenoso que llegaba hasta el potrero regular, el de la Cruz. Decidió que allí pasaría la noche. Se sentía descomulgado por el sueño, pero con el ánimo entre irritado y triste. Seguía atormentándolo el dolo de su imagen en la estimación de la marquesa.

Además, le había dejado un desahogo más personal la confesión de la tía. No podía librarse de las imágenes de la mañana. Ahora, mientras pasaba a su lado el familiar paisaje del camino de la costa, le parecía aún más rara la confesión de la muchacha. Buscó en su equipaje de mano una casaca con alfileres de las Clarisas y sacó una. En primer lugar, la tía no estaba avergonzada por su embarazo. Gritaba se la veía. Lo cual, mientras subía sobre la arena, seguía produciéndole mucho ruido al director espiritual. Una jovencita de quince años debería haber mostrado alguna coacción, algún compungimiento. Otra cosa parecía desverguenza y desamor, y amantaba castigo. Se lo dijo,

y muy asperamente. Pero ella estaba más allá de su alcance, y eso le había resultado muy violento. Le costó no golpearla cuando la oyó recordar, sin insolencia, sin siquiera dejar de sonreír, que Dios mandó a los hombres que se amaran y se multiplicaran.

—Pero no cuando les da la gana y en cualquier parte y sin la bendición de la Iglesia ni el consentimiento de sus padres —respondió él, tratando de no gritar. —Eso es lo que hacen los animales.

—Puede, ¿no es verdad que el sacramento del matrimonio lo administran los sacerdotes? —preguntó ella, siempre dulce.

—¿De dónde sacaste eso? ¿Ej te lo dije? ¿Así se convenció? ¿Lo que estás diciendo es gravísimo? ¿Gravísimo? El Concilio de Trento dictaminó sobre eso. ¿Es gravísimo?

—¿Ej me lo dijo, padre, pero hace tiempo. El me convenció. Yo le convencí a él.

Al borde de abofetear a la tía y abrumarla con todo el peso de la Iglesia, pensó en la importancia social y económica de doña Josefa. Él tenía poder sobralfinado para meter en cintura a esta menuda enloquecida por la presunción del amor. Pero el castigo sería entonces más bien para la familia, agobiada por el esclavismo social, y también para el confesor. Un castigo eclesiástico en casa de la marquesa no le serviría a nadie para nada. Más bien desmoronaría un poco la ciudad entera.

También imaginaba Torres, mientras la anciana le quitaba la administración de sus bienes. Los desplantes de la muchacha no tenían tanta importancia, al fin y al cabo. No siquiera eran tales desplantes. Era más bien el error miserable de la extrema juventud, y más merced piedad, consejos serenos, penitencias calladas, que castigos públicos. En estas tierras indianas donde los muchachos se hacían mujeres a los diez o los once años, no era tan extraña una preter tempore.

—Quiero que me cuentes todo lo que ha pasado entre ustedes —mandó el cura, refiriendo su ira.



Al borde de abofetear a la tía y abrumarla con todo el peso de la Iglesia, pensó en la importancia social y económica de doña Josefa. Él tenía poder sobralfinado para meter en cintura a esta menuda enloquecida por la presunción del amor. Pero el castigo sería entonces más bien para la familia, agobiada por el esclavismo social, y también para el confesor. Un castigo eclesiástico en casa de la marquesa no le serviría a nadie para nada. Más bien desmoronaría un poco la ciudad entera.

—Quiero que me cuentes todo lo que ha pasado entre ustedes —mandó el cura, refiriendo su ira.

Contundente novela histórica [artículo].

Libros y documentos

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Contundente novela histórica [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile